

UD 7: ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA: Los grandes problemas filosóficos sobre el ser humano:



Como hemos ido viendo a lo largo del tema anterior, el ser humano es una realidad compleja compuesta por diversas dimensiones: biológica, paleontológica, cultural (también cabría psicológica, lingüística, política, sexual, histórica...). Aunque conozcamos toda esta información a través de las

investigaciones que llevan a cabo diferentes ciencias (antropología, sociología, psicología, etc), quedan todavía ciertos interrogantes que sólo pueden ser estudiados filosóficamente, y sobre los que nunca podemos establecer una respuesta definitiva: ¿tenemos un alma inmortal?, ¿qué hay tras la muerte?, ¿somos verdaderamente libres?, ¿qué sentido tiene la existencia?. De todas estas cuestiones vamos a profundizar en tres de ellas, estudiando diferentes tradiciones filosóficas que las abordan.

1 La identidad personal: el yo como problema filosófico

El problema de *qué es el yo* constituye uno de esos tantos que nos lleva a innumerables interrogantes: ¿qué es lo que hace que siga yo siendo el mismo?, ¿qué hay en mí que me genera un sentido de la identidad? ¿existe algo en mí que no varíe y que constituya el núcleo o esencia de mi persona?, ¿o soy más bien un constante fluir y nada hay en mí que permanezca?

A pesar de la gran variedad de respuestas que se ofrecen a este problema, vamos a clasificarlas en dos grandes grupos.

- **1.1 Concepciones esencialistas del yo.**

Sin duda alguna, en Occidente, la visión que más vigencia tuvo fue la de concebir el yo desde términos esencialistas. **Esencia**, en filosofía, significa aquello que hace que algo sea lo que es; en este problema filosófico se traduce como la concepción según la cual la persona está dotada de algo permanente y esencial que le hace ser quien es: esta es la visión platónica, que luego será retomada por el cristianismo y fundamentada por la filosofía de Descartes.

Platón

Como recordarás cuando estudiamos la filosofía platónica, de acuerdo a este autor el ser humano está compuesto por dos realidades: el cuerpo y el alma. El cuerpo es material, mortal, perecedero, fuente de engaños (pues entra en contacto con el mundo a través de los sentidos) y pertenece al mundo sensible. Por otro lado, el ser humano tiene una dimensión espiritual, que reside en el alma. El alma constituye la dimensión de nuestro yo que es inmortal, eterna y fuente de conocimiento (pues conoce el mundo de las ideas a través de la razón).



Platón considera que es el alma lo que constituye nuestro auténtico yo, pues es ésta la que es capaz



de pasar de un cuerpo a otro a través de la transmigración, la que conoce la auténtica verdad (pues es afín a las ideas y moró con ellas en el pasado: conoces es recordar), llegando a afirmar que **el cuerpo no es más que la cárcel del alma**. Desde este enfoque, cada uno de nosotros es poseedor de un yo particular e individual que reside en el alma, y el cuerpo no es más que algo accidental (por oposición a esencial), es decir,

algo sin lo cual podemos seguir existiendo (de hecho, existimos verdaderamente desposeídos de un cuerpo).

Cristianismo

El cristianismo, como heredero del platonismo, tomó este concepto positivo e identitario del ser humano como alma, haciendo suya también la valoración negativa del cuerpo, vinculándolo con el pecado y la debilidad de la carne. En el cristianismo, si bien la transmigración de las almas no es aceptada, sí se concibe al alma como aquella dimensión espiritual del ser humano, aquello que le acerca a Dios y a la trascendencia de la salvación en un más allá. De nuevo, es el alma el núcleo de la existencia, la esencia del ser humano (es decir, aquello que hace del ser humano lo que es). De nuevo es también inmortal y está desvinculada del mundo terrenal. Dios crea cada una de nuestras almas, única e irrepetible, y es ella la que nos conforma como sujetos individuales. Es además, la mayor creación divina, y guarda parecido con su Creador: inmortal, permanente, inmaterial, trascendente.

Descartes

A pesar de que Descartes constituye un pensador moderno- por tanto, rompedor de la tradición platónico-medieval-, sigue arrastrado una serie de presupuestos que lo acercan a esta tradición que venimos exponiendo.

Si recuerdas la filosofía cartesiana, verás que cuando nuestro filósofo se pone a dudar de todo, termina por encontrar algo de lo que no se puede dudar, que es la existencia del propio yo como pensamiento: pienso, luego existo. Puedo dudar de mi propio cuerpo (pues no es más que un objeto más como cualquier otro, y puede por tanto ser efecto de un sueño o una alucinación: de hecho, esto sucede en aquellas personas que experimentan el fenómeno del miembro fantasma), pero no puedo dudar de que estoy pensando, y por tanto existiendo. El pensamiento entonces define la esencia de mi propio yo. El pensamiento, para darse, necesita a su vez de algo que sea capaz de pensar; dado que los cuerpos físicos no están dotados de la capacidad de pensar, el pensamiento como acción es siempre un atributo del alma.

De nuevo, pues, dualismo: el ser humano está conformado por dos sustancias: cuerpo y alma, pero el cuerpo, al ser posible de dudar de su existencia, no constituye la propia esencia del sujeto. Sólo no puedo dudar de que pienso, y por tanto el pensamiento (acción del alma) es lo que define mi esencia: soy esencialmente un alma, por tanto, soy esencialmente una sustancia que tiene pensamientos. El alma se entiende de nuevo como dotada de todos los atributos opuestos al cuerpo: es fuente de conocimiento verdadero, es inmortal es permanente y además es libre (por oposición a los cuerpos, que se rigen por el determinismo mecanicista propio de la materia).

- **1.2. Concepciones no esencialistas del yo**

Budismo

Si queremos rastrear los orígenes de concepciones que entiendan el yo fuera de coordenadas esencialistas y permanentes, debemos retrotraernos al budismo primitivo. Buda fue uno de los primeros pensadores en negar la existencia del alma: de acuerdo a su metafísica, la realidad entera se encuentra en un constante devenir, en un cambio absoluto y fortuito: esta concepción se aplica también al sujeto humano: nada hay en nosotros que permanezca inalterable a lo largo de nuestra existencia.



Cuando el Buda confrontó el problema de la identidad en la noche de su iluminación llegó al radical hallazgo de que no existimos como seres separados. Vislumbró la tendencia humana de identificarse con un sentido limitado de la existencia. Entonces descubrió que esta creencia en un pequeño ser individual es una ilusión fundamental que causa sufrimiento y nos aleja de la libertad y del misterio de la vida. Lo describió como un *origen interdependiente*, el proceso cíclico de la conciencia que crea la identidad al entrar en la forma, al responder ante el contacto de los sentidos y luego apegarse a ciertas formas, sentimientos, deseos, imágenes y acciones para crear un sentido del yo.

En sus enseñanzas el Buda nunca habló de los humanos como personas que existen en alguna forma fija o estática. En lugar de ello nos describió como una serie de cinco procesos cambiantes: los procesos del cuerpo físico, de los sentimientos, las percepciones, las respuestas, y el flujo de conciencia que los experimenta a todos. Nuestro sentido del yo surge cada vez que nos apegamos a estos patrones o nos identificamos con ellos.

Buda entendió el problema de la identidad personal como no un problema teórico y abstracto, sino como aquél en el que nos jugamos nuestra liberación: en la medida en que nos apegamos a algo, nunca podremos ser libres.

El escepticismo humeano

Muy lejos, tanto geográfica como históricamente, tenemos un referente similar al de Buda: se trata de David Hume, gran filósofo inglés del S XVIII.

Cuando Descartes encuentra la primera verdad “pienso luego existo” cree que este conocimiento le garantiza igualmente que él mismo es una substancia pensante. No concluye en tesis del tipo “hay un pensamiento” sino “hay una substancia que piensa”. El racionalismo consideró que a partir de esta primera verdad se podía concluir también en la consideración del yo como una substancia, como una entidad dotada de simplicidad y permanencia, y que fácilmente podía interpretarse en términos espiritualistas (es decir, como alma).

Hume rechaza este planteamiento: extrayendo todas las consecuencias de la aplicación del criterio empirista del conocimiento (toda idea debe tener su fundamento en una impresión sensible) a esta cuestión observa que, si nos atenemos exclusivamente a lo que percibimos



cuando miramos hacia nuestra propia mente, no encontramos allí ninguna impresión que sea permanente, ni tampoco simplicidad, encontramos más bien continua sucesión de una idea tras otra. La tesis del yo como substancia estaría fundamentada si tuviésemos una impresión correspondiente a dicho carácter substancial, es decir, una impresión permanente a lo largo de nuestra vida psíquica, pero eso no es así, más bien ocurre que a una impresión, le sigue otra, y a ésta otra, ...

De este modo, Hume concluye que no existe el yo como substancia, como algo distinto de las impresiones e ideas y que sea algo así como el sujeto permanente de los actos psíquicos. La conciencia de la identidad que tenemos de nosotros mismos (es decir que nos creamos los mismos a lo largo del tiempo) no proviene de aquel supuesto carácter substancial de nuestro yo sino más bien de la memoria de la sucesión de distintas impresiones: confundimos sucesión con identidad. *El yo no es otra cosa que el conjunto de impresiones* (de actos psíquicos):


¿Cómo debemos entender el yo y nuestra mente?

Hume nos propone la siguiente metáfora: "la mente es una especie de teatro en el que distintas percepciones se presentan en forma sucesiva; pasan, vuelven a pasar, se desvanecen y mezclan en una variedad infinita de posturas y situaciones. No existe en ella con propiedad ni *simplicidad* en un tiempo, ni *identidad* a lo largo de momentos diferentes, sea cual sea la inclinación natural que nos lleve a imaginar esa simplicidad e identidad.

YO (ALMA)

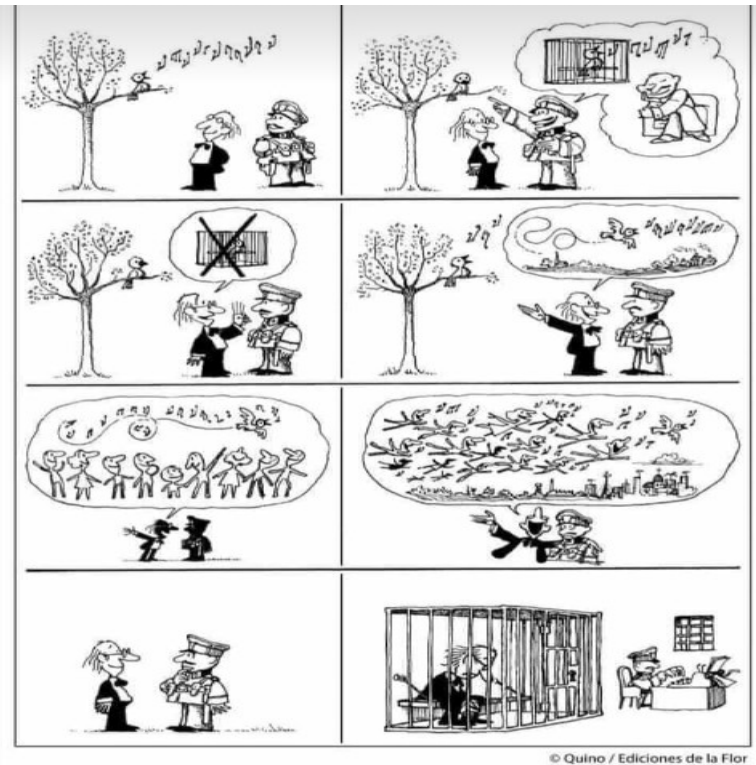
Confundimos la idea de sucesión con la de identidad

¿Por qué creo que soy la misma persona que ayer? No hay una impresión del yo, sólo una colección de percepciones (sentimientos, pensamientos, recuerdos). La memoria nos hace creer que existe el yo, pero es falso.



La comparación del teatro no debe confundirnos: son solamente las percepciones las que constituyen la mente, de modo que no tenemos ni la noción más remota del lugar en que se representan esas escenas, ni tampoco de los materiales de que están compuestas." ("**Tratado de la Naturaleza Humana**", I, 4,6)

2 La libertad humana



El problema de la libertad humana, como el anterior, tiene también una larga tradición en la historia de la filosofía: ¿Es libre el ser humano? ¿Es responsable? ¿Son las consecuencias de sus acciones atribuibles a sus decisiones? ¿Son sus decisiones libres? ¿Qué quiere decir ser libre?, ¿qué consecuencias morales tiene la ausencia de libertad o su presencia?, ¿es compatible la visión científica del mundo como algo determinado por leyes universales con la existencia de la libertad humana?

Vamos a estudiar dos concepciones radicalmente opuestas, representadas por dos autores: una que niega la libertad humana (determinismo de Spinoza) , y otra que la afirma (existencialismo de Sartre).

- **2.1.Determinismo de Spinoza**

Su respuesta al problema de la libertad humana, lejos de ser parcial o timorata, está llena de decisión: **no somos libres**. Los seres humanos no podemos ser libres de ninguna manera, lo que ocurre es que poseemos una ilusión de libertad. A esto se le llama en filosofía *determinismo*. Y Spinoza no tiene ningún reparo en admitir que sí, que es determinista. ¿Qué es lo que lleva a pensar que no somos libres?

Para empezar, no tiene más remedio dado lo que ya estudiamos en relación a su concepción panteísta. Para él todo es Dios, es decir, todo lo que existe pertenece a la sustancia divina, incluidos nosotros. El pensar que cada uno de nosotros es una sustancia individual, separada de Él, es propio de necios e insensatos. El verdadero hombre sabio, según Spinoza, se percata de que nuestra existencia solamente tiene sentido si nos consideramos como parte de un todo divino, como algo inseparable de ello. Cada uno de nosotros es parte de Dios, parte de algo mucho más grande y superior. Somos en Dios y Dios es en nosotros, no hay ninguna diferencia. Si esto es así, resulta forzoso admitir que nuestro comportamiento no es *nuestro*, sino que en

realidad es Dios el que actúa a través de nosotros: somos el mismo Dios que actúa. No poseemos individualidad ni nada parecido, aunque los insensatos así lo prediquen.

La libertad, consiste en actuar según nuestra propia naturaleza sin que nada exterior a nosotros nos violenta. Pero según esta definición, solamente Dios es libre, pues solamente Dios actúa según su propia naturaleza; nosotros actuamos según Dios dispone, pues nuestra naturaleza es divina. Siempre existen necios que pensarán que todo lo



que hacen lo hacen porque lo han elegido libremente, pero resulta una ilusión vana. De esta manera solamente conseguiremos estar frustrados y tristes ante lo que no es sino ignorancia.

El verdadero hombre sabio contempla todas sus acciones bajo el prisma de la eternidad ("¿qué impacto tiene en el universo que yo haya suspendido este examen?") y así le produce consuelo frente a todos los males que nos acechan y nos atormentan. Su única libertad es intelectual (no de la voluntad) y consiste en tomar consciencia de aquello que le determina a obrar. El sabio es feliz, pues se sabe parte de Dios y parte del universo. No lucha contra nada de lo que le sucede. No aspira a controlar su destino y sus acciones sino que acepta lo que le acontece con tranquilidad, pues es consciente de su pequeñez respecto a todo.

- **1.2. Existencialismo de Sartre**

Sartre tiene una concepción radicalmente opuesta a la de Spinoza: para él, el ser humano es pura libertad. Sartre, desarrolló la línea filosófica del existencialismo, marcando una huella en su generación.

Dicha corriente se origina desde la mirada **ateísta**, por ello, que la libertad juega un rol fundamental en el hombre, ya que, al no existir un ser superior, éste no puede ser definido, es decir, no viene "preconcebido" (por un plan mayor) y es ahí donde el ser humano se encuentra dotado de plena libertad, dado que, al no venir condicionado, se encuentra arrojado al mundo. No hay nada que nos determine, ninguna idea previa a nosotros que condicione nuestra existencia: **"La existencia precede a la esencia"**. En otras palabras, el ser humano, individuo individual, no cuenta con un modelo o una maqueta inicial. Existir consiste en crear la propia esencia mediante elecciones libres. Con las elecciones que

hacemos a lo largo de nuestra existencia, las personas nos convertimos en aquello que acabamos siendo.

El ser humano parte desde una nada para convertirse en un **proyecto**, un dirigirse hacia algo, ya que para Sartre el hombre se constituye cuando muere, porque al poseer plena libertad éste puede cambiar cada día de su vida, pero, solo deja de hacerlo cuando el individuo ha muerto, porque somos cuando ya hemos dejado de existir. La libertad entonces es lo que se antepone a cada acto y se considera de carácter individual, ya que nacemos y morimos en plena **soledad**, por lo que, uno mismo puede decidir por sobre sus propios actos, cosa, que ni siquiera la moral y la ética son factores decisivos en nuestras elecciones.

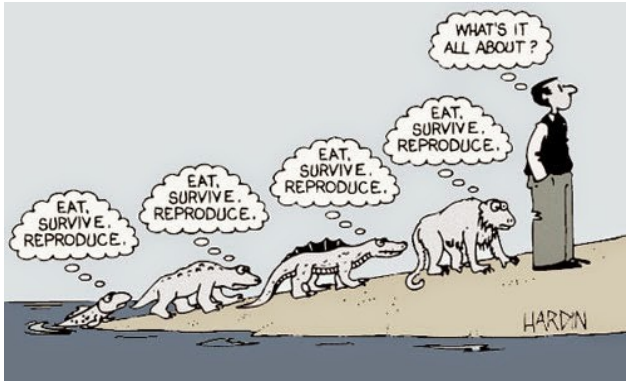


Dicho lo anterior, se puede reflexionar sobre el concepto de **angustia** en Sartre. El miedo, la ansiedad, la culpabilidad y la conciencia, son elementos que permiten al hombre dar cuenta de su estado de libertad, en tanto que, cada decisión y consecuencia al no estar definida por una esencia (ser superior) residen en la absoluta responsabilidad del sujeto. Vale decir, que tiene directa relación con la conciencia de ser libres. El sentimiento de angustia nace por el darse cuenta de que todo lo que sucede es consecuencia de nuestras propias decisiones y nada ni nadie nos podrán ayudar. He aquí, el sentimiento de estar " **arrojados al mundo**" y de soledad; angustia de no tener a quien culpar por todo lo que decidas vivir. Por ello, el concepto de angustia parte por la responsabilidad, de estar plenamente conscientes de nuestra propia existencia, que conlleva al hombre a ser libres para dirigir y juzgar el transcurso o proyectos de sus vidas. Según él, "no tenemos excusas detrás de nosotros ni justificaciones ente nosotros". **El ser humano, está condenado a ser libre.**





3 El sentido de la existencia y la muerte



La pregunta por el sentido es una de esas preguntas filosóficas que, por generales y radicales, resultan bastante inmanejables. Es una pregunta que nunca encontrara solución, pero a la que necesitaremos dar respuesta una y otra vez.

No se si es necesario explicar qué significa una pregunta como esta. Kant la formuló como *¿Que me cabe esperar?* lo que presupone, en cierto modo, que el sentido de la vida hay que esperarlo... en otra vida, tal vez.

Otra forma de entender la cuestión del sentido es preguntarte que justifica la vida, como un todo.

¿Por qué pensamos que merece la pena vivir? Pero tal vez la forma en la que se nos plantea mas crudamente esta cuestión es cuando nos enfrentamos al hecho de la muerte. *¿Que sentido tiene la muerte?* A estas cuestiones, la tradición filosófica se ha enfrentado con varios tipos de respuestas. Vamos a categorizarlas en tres grandes grupos:

- **La vida tiene un sentido trascendente**

Para algunos el sentido de la vida es trascendente a ella. Esto quiere decir que la vida se ha de vivir para conseguir algo mas allá de este mundo. Por ejemplo, para la mayoría de las religiones, la vida es un tránsito (o una prueba) para llegar al paraíso (o al infierno). Es el caso del **cristianismo**, que considera que el sentido de la vida no reside en esta vida (“*que gemimos y lloramos en este valle de lágrimas* “), sino en la vida que se da después de la muerte.

Recuerda que esta idea la encontramos también en **Platón**, para quien el verdadero mundo era el Mundo de las Ideas (no este mundo sensible sujeto a la ignorancia de los sentidos) que alcanzábamos de forma natural a través de la muerte (y a través de nuestro esfuerzo, si nos dedicábamos a la filosofía). Muchas religiones orientales, como el **hinduismo**, tienen una concepción similar: de acuerdo a su concepción metafísica, nacemos y morimos en un ciclo de reencarnación constante (*samsara*), y aunque son nuestras acciones en esta vida y en las pasadas las que determinan lo que me sucede, el objetivo último es alcanzar el estado de iluminación (*nirvana*), que consiste en liberarse de la vida terrenal y de nuestros apegos materiales y alcanzar un estado de pura contemplación, convirtiéndonos en algo similar a los dioses.

Una respuesta parecida, aunque no religiosa, es la idea de que el sentido de la vida es la **fama**; es decir, que uno vive para dejar un gran recuerdo, y que es de esta forma como podemos alcanzar cierta trascendencia, a través del recuerdo que los demás tendrán de nosotros.

Como veis, la muerte y el sentido de la vida están muy vinculados. Hay personas que consideran que tenemos hijos simplemente porque no queremos aceptar nuestra propia muerte, y que es por tanto una forma de sentir que algo de nosotros va a seguir vivo.



- **La vida tiene un sentido inmanente**

La segunda respuesta clásica es que el sentido de la vida es vivirla. Dicho filosóficamente, que **el sentido de la vida es inmanente a ella**. Hay que aprovechar el tiempo, aunque sepamos que todo es mortal (y precisamente porque sabemos que todo es mortal). En esta postura encontramos una gran variedad de teorías y escuelas filosóficas: el epicureísmo (el sentido de la existencia consiste en cesar el dolor y vivir placenteramente) , el estoicismo (el sentido radica en aceptar lo que acontece como destino necesario y evitar el sufrimiento), el pragmatismo (proveer del mayor bien a la humanidad), el panteísmo naturalista (cuidar y amar a la naturaleza), etc.

- **La vida no tiene sentido (nihilismo)**

(El término latino *nihil* significa nada) Para algunas personas **la vida (y la muerte) no tiene sentido**, dado que todo acaba en la muerte. Después de la muerte no hay nada más, y todo aquello a lo que dedicamos la vida (las cosas en las que ocupamos nuestro tiempo) no tienen el menor sentido. La vida es un absurdo. Vivimos y morimos para nada. Y ya está.

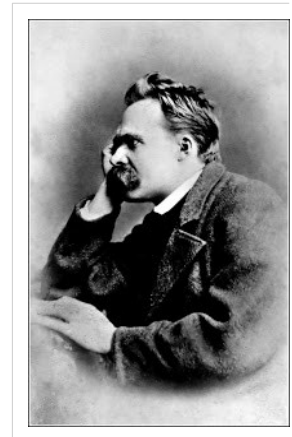
Escritores como Dostoievsky, o filósofos como Nietzsche o Cioran mantienen esta posición.



Nietzsche

“La vida es un instinto de desarrollo, de supervivencia, de acumulación de fuerzas, de poder.”

Friedrich Wilhelm Nietzsche es considerado uno de los pensadores más influyentes de los últimos tiempos dando origen a varias líneas de pensamiento posteriores. Su pensamiento se caracteriza por la crítica, en algunos casos despiadada, de la cultura y el pensamiento reinante en su época. Su frase más conocida es la que pronuncia uno de sus personajes en *“Así habló Zaratustra”* y *“La gaya ciencia”*, a saber, **‘Dios ha muerto’**.



A partir de esta sentencia **Nietzsche** caracteriza de manera profunda y exacta la realidad del pensamiento occidental moderno y determina su filosofía. Donde no hay dios, no hay sentido ya que con la divinidad ha muerto la razón y junto con ella el sentido.

La idea central del pensamiento de **Nietzsche** es la vida. Esta se ha sido comprendida en función de un sentido objetivo trascendente aunque, en realidad, la vida, según este pensador, es sinsentido, es nihilismo. La vida ha de ser comprendida como **eterno retorno de lo mismo**, como **voluntad de poder**, como momento del **superhombre**, como transvaloración de los valores. El hombre necesita dar sentido a la vida creando valores. Si dios ha muerto entonces no hay verdad, ni fundamento, ni sentido, ni moral, ni libertad, ni razón. Solo hay **nihilismo**.



La metafísica (desde Platón) afirmaba la realidad de un mundo suprasensible e ideal. Ahora bien, la muerte de dios significa que el mundo y la creencia metafísica se han desmoronado y que la filosofía occidental entendida idealistamente ha llegado a su fin. Significa además que no hay orden ni finalidad sino caos, obligando al ser humano a convertirse en dios. La muerte de dios es el paso previo y necesario para instaurar una nueva moral, una moral del hombre fuerte que no conoce normas y prohibiciones. Es necesaria la negación de dios para afirmar el poderío del ser humano ya que, si hay dios, el hombre no podría ocupar su lugar, y por lo tanto ser creador. Dios es un rival para el hombre moderno. En última instancia el hombre niega a dios porque quiere ser como él.

El **nihilismo** consiste en la desvaloración de todos los valores, en la ausencia de fundamento, origen y fin de toda realidad, en un sinsentido absoluto. Luego de la negación de la realidad trascendente solo queda la afirmación de este mundo, espacio y tiempo del **devenir** y de la vida.

Dijimos antes que la vida es comprendida por Nietzsche como **eterno retorno de lo mismo**. El tiempo, al igual que los antiguos griegos, será comprendido por este filósofo como circularidad de pasado, presente y futuro que se enlazan entre sí. Todo lo que puede suceder tiene que suceder y ya ha sucedido. Ahora bien, si todo retorna, todo es vano y por consiguiente sinsentido. Si es circular el fin coincide con el principio. De esta forma el ser es necesario y la necesidad reside, justamente, en el devenir. La vida será entonces un **devenir** necesario y sin sentido.

El **superhombre** será aquel sujeto que se haga cargo de este **nihilismo** y lo supere. Aquel que se sobreponga a dios y a su muerte ocupando su lugar. Aquel que no encuentre nada imposible. Pero no será un individuo ni un grupo sino un estado nuevo de la humanidad toda. Dirá sí a la vida, no despreciará el cuerpo sino que cultivará los sentidos, no amará al prójimo sino al amigo, será libre de todo mandato externo, se dará a sí mismo el bien y el mal, e impondrá su propia voluntad como ley sobre sí mismo. Así el hombre habrá superado la muerte de dios pero no la nada ya que seguirá sin tener ideales y metas sin atreverse a nada, sin querer nada, viviendo sin valores ni anhelos ni esperanzas, viviendo el día a día. Habíamos dicho que la vida es también voluntad de poder, siendo la voluntad autoafirmación. Únicamente donde hay vida hay voluntad de poder, fuerza. El mundo es una combinación de fuerzas que luchan por el poder, unas dominando y otras siendo dominadas, pero todas queriendo poder.

La vida es invaluable porque es la medida de todo valor. El valor radica en un punto de vista sobre las condiciones de conservación y aumento en lo relativo a la duración de la propia vida dentro del devenir. Queda claro entonces que los valores son relativos a la vida siendo formaciones o productos de la voluntad de poder.

Cioran

Este pensador considera que la vida es un fatal absurdo, nacemos para morir y nada de lo que hacemos tiene ningún tipo de relevancia. Sin embargo, añade, **el hecho de que la vida no tenga sentido, es una razón para vivir (la única en realidad)**. Si la vida tuviese un sentido último y objetivo, significaría que no seríamos libres, pues tendríamos que someternos a ese sentido: la vida con sentido sería absolutamente irrespirable. Seríamos esclavos del sentido. Es precisamente ese absurdo, esa falta de sentido, la que nos permite vivir con libertad, y dotar -conscientes de la ficción que supone- a la vida de ese sentido personal, singular y único que cada uno le damos: *“Todo el misterio de la vida se reduce a esto: no tiene sentido, pero todos y cada uno de nosotros le encontramos uno”*.

